

EL MENSAJERO CRISTIANO.

PERIODICO MENSUAL DEDICADO A PROPAGAR LAS ENSEÑANZAS DE JESUGRISTO.

DIRECTOR Y PROPIETARIO:
Agustín Pardo.

SE REPARTE GRATIS.

IMPRESA Y ADMINISTRACION:
Calle 55 N° 474.

LA FELICIDAD.

I.

¿La buscáis en la tierra?

Es en vano; no la encontraréis.

Ni en el alcázar de los reyes, ni en el palacio de los magnates, ni en la casa del rico, ni en la choza del pobre.

La felicidad no habita en este mundo.

Hay seres más ó menos felices; los hay que comparados con otros, PUEDEN LLAMARSE FELICES; más penetrad en el fondo de su alma y siempre encontraréis un deseo, cuando no una lágrima.

Es cuestión de cantidad: unos sufren mucho, otros sufren menos, he aquí todo.

¡Bien dijo el que llamó á este mundo «valle de lágrimas!»

Si pudieran verse juntas las que en él se han vertido, ¡qué lago tan inmenso podría formarse con ellas!

Lo primero que hacemos al venir aquí, es llorar.

Al penetrar el aire en nuestros pulmones, nos hace exhalar un quejido; esto nos indica los muchos que hemos de dar durante la vida.

Lloramos al nacer, sufrimos al morir; estos son los paréntesis que encierran una existencia que puede definirse con esta sola palabra: SUFRIMIENTO.

¿Qué son esos momentos de placer que sentimos, comparados con la larga serie de sufrimientos que se cuentan en una existencia? Unas pocas gotas de miel, vertidas en un vaso de hiel, que no corrijen su amargura. Y aun si esa miel fuera siempre pura! Si no fuese muchas veces extraída de flores venenosas, cuya acción se desarrolla en el alma, viniendo á ser entonces un nuevo tormento para el alma.

Así son algunos placeres: á ese precio compramos algunos instantes de aparente felicidad.

II.

Buscar la felicidad en la satisfacción de las pasiones, es entregarse voluntariamente en brazos del sufrimiento.

Por cada momento de mentida felicidad, se encuentran largas horas de positivos padecimientos.

Ved aquel que cifra toda su felicidad en poseer oro, mucho oro.

A costa de mil privaciones ó de otras tantas perfidias, consigne reunir algunos montones del preciado metal.

No vive más que para acrecentar su tesoro, y sólo goza cuando lo cuenta y lo recuenta.

Pero en cambio, ¡qué angustias, qué sufrimientos pasa á la sola idea de desprenderse de una sola de sus monedas para satisfacer alguna de sus más perentorias necesidades!

Continuamente le asaltan horri-

bles temores: sueña que algún malhechor ha descubierto su escondrijo, que va á ser robado, y el frío sudor del miedo inunda su frente.

Y no es ésto todo. Dadle todas las riquezas que se ocultan en el seno de la tierra y las que cubren las aguas del mar, y todavía no estará satisfecho.

Aún deseará más y siempre más.

El otro sólo vé la felicidad en ocupar las altas regiones del poder.

Nada de cuanto le rodea y posee le satisface, es desgraciado, necesita llegar al deseado puesto para ser feliz.

Y lucha desesperadamente, y en el afán del combate quebranta en mil pedazos su corazón; las angustias y contrariedades se suceden, pero no importa, alentado por su deseo, continúa sin descanso, porque allí está la felicidad que le sonríe.

¡Vana ilusión! Ha conseguido su objeto, pero no está allí la felicidad; busca y la ve en otra parte.

La felicidad es un fantasma que se sitúa siempre lejos de nosotros y retrocede cuando corremos para alcanzarla. Siempre la vemos distante; nunca llegamos á tocarla.

Y es que sólo vemos la felicidad en el cumplimiento de nuestros deseos, y el deseo del hombre es insaciable.

Es el buitre de Prometeo, que devora incesantemente sus entrañas.

III.

Tan imposible es hallar la felicidad en la tierra, como huir del dolor.

Este nos asalta desde que venimos al mundo, y nos acompaña hasta la hora en que le dejamos.

No hay manera alguna de escapar al sufrimiento: sufrimientos físicos y morales, sufrimientos propios ó por ver sufrir á los que amamos.

¿Y es posible la vida sin afecciones?

Así como no hay un átomo sin afinidad, ni un cuerpo sin estar sujeto á la atracción, no hay un alma que no sienta el afecto.

Los afectos son al alma lo que la afinidad á los átomos, la cohesión á las moléculas, la atracción á los cuerpos. Estas son fuerzas inherentes á la materia, como el amor lo es al espíritu.

El amor es fuente de felicidad, pero en sus aguas va también disuelto el sufrimiento.

Cuanto más amamos, más sufrimos; y es que si el amor puede elevarnos hasta el cielo de la felicidad, el sufrimiento se encarga de recordarnos muy amenudo que vivimos en un suelo de padecimientos.

No hay amor más intenso á la vez que más puro, que el amor maternal.

Al dar la madre el primer beso á su hijo, olvida cuanto ha padecido: una nueva vida la alienta, brotan de su corazón raudales de ternura, el sol de la felicidad ilumina su semblante..... más ¡ay! que ese sol debe nublarse muy á menudo, pues cada quejido que arranca el dolor á aquel débil ser, va á herir las fibras más delicadas del alma de la pobre madre.

¿Sabéis cuánto sufre una madre por su amor, cuando vela junto á la cuna de su niño enfermo?

Y si las rosadas tintas de sus mejillas palidecen, si el brillo de sus ojos se apaga, si aquella boca que tan graciosamente sonreía se contrae con la última convulsión, de la agonía. . . los que no sabéis cuanto se ama á los hijos, compadeced á la desdichada madre, que no podéis comprender cuán profundo es su dolor!

VI.

Las penalidades de esta vida son innumerables.

Es en vano que pretendamos sustraernos á ellas; nos asaltan bajo mil formas, cualquiera que sean las precauciones que tomemos para evitarlas.

El dolor, es compañero inseparable de la vida sobre la tierra, porque llevamos en nosotros mismos la causa de la mayor parte de los males que nos afligen.

Esa causa, son nuestras pasiones, de las cuales no sabemos desprendernos.

Son el látigo que nos castiga, nosotros mismos lo manejamos y no nos decidimos á arrojarlo lejos.

Lloramos nuestros males, buscamos remedios quiméricos y no queremos aplicarles el único capaz de curarlos.

Vosotros, los que creéis sinceramente que quedaría establecida la felicidad de los pueblos de una manera definitiva, cambiando la defectuosa organización social que hoy tienen: ¿No os engaña vuestro generoso corazón? Estáis seguros que con la aplicación de vuestro método se curarían los males de esta humanidad? ¿Tenéis en cuenta las pasiones del hombre, siempre en continua lucha contra el bien?

¡Ah! corrijamos nuestras pasiones, origen de todos los males que nos acechan; corrijamos nuestras pasiones y los males disminuirán, siendo entonces la existencia en este mundo mucho más feliz de lo que es hoy.

La actual organización social, es consecuencia natural de nuestra manera de ser; cambiada ésta, aquella se modificará necesariamente con arreglo al cambio verificado.

Y esto sucederá sin violencia, sin sacudida alguna, natural y espontáneamente por la fuerza de las cosas.

Pero mientras las pasiones rujan en nuestra alma, mientras el orgullo domine en todas las esferas, mientras el odio arme el brazo fraticida, mientras la envidia dispare sus envenenadas saetas, mientras el frío egoísmo petrifique los corazones: ¿Cómo queréis que la felicidad nos sonría?

Siempre habrá opresores y oprimidos, víctimas y verdugos; siempre habrá desdichas que lamentar, dolores que sufrir, males sin cuento que llorar.

Si no está en nuestra mano hacer que desaparezcan todas las penalidades de nuestra actual existencia, podríamos si evitarnos las que de

nosotros dependen, y así nos serían más llevaderas esas otras contra las cuales nada puede la voluntad del hombre, porque pertenecen á las condiciones propias de la vida en este planeta.

V.

La tierra es un mundo de expiación y he aquí porque no se encuentra en ella la felicidad.

Aunque ostenta bellezas infinitas como obra del Divino Hacedor que la ha creado, lleva en sí las señales de un lugar de sufrimiento.

En todas las zonas la inclemencia de las estaciones mortifica la mayor parte del tiempo á sus habitantes; las tempestades azotan con frecuencia los campos, las inundaciones arrastran las viviendas y algunas veces los sacudimientos del suelo las conmueven y derrriban.

Obligado el hombre á extraer de la tierra el alimento que le sustenta, no lo logra sino á fuerza de trabajos y penalidades.

Pero ese alimento no le es suficiente, y necesita aún sacrificar animales para nutrirse con sus carnes y elaborar con sus despojos los vestidos que le cubren.

Y no os ocurra examinar esos restos de animales que tan sabrosos nos parecen cuando los comemos bien condimentados, no os ocurra, digo, examinarlos con el microscopio, porque quizá luego los comeréis con disgusto.

El microscopio ha venido á revelar al hombre muchas de sus miserias que ignoraba.

Le ha enseñado que su cuerpo es mansión de una infinidad de parásitos que pasea por todas partes con su orgullo; parásitos en la boca, en los pulmones, en los intestinos, en el tejido muscular, y hasta en la sangre, sí; en la sangre aún de aquellos que pretenden tenerla de una naturaleza distinta de los demás.

Esos microzoarios viven á expensa nuestra, nos devoran en vida, hasta que cederán el turno á otros que devorarán nuestro cadáver.

Todo demuestra la inferioridad de la tierra, en el orden gerárquico de los mundos.

Por nuestras culpas venimos á ella, conformémonos, pues, con los sufrimientos que encontramos, y hagámonos dignos de ocupar otro sitio mejor al dejarla.

Vamos en pos de la felicidad, la esperanza nos acompaña, pero nos dice al oído que es preciso saber conquistarla con la práctica de todas las virtudes.

Conseguido esto, encontramos la felicidad que no se haya en la tierra.

ARNALDO MATEOS.

LA BIBLIOTECA DE "El Mensajero Cristiano," QUE ESTA SITUADA EN LA CALLE 55 NUMERO 474, SE ABRE AL PUBLICO DE 6 Y MEDIA DE LA TARDE A 10 DE LA NOCHE.

VOZ DE ALIENTO.

[Escrito para "El Mensajero Cristiano."]

No dudamos que aun hay corazones emperdenidos que poco ó ningún efecto harán en ellos nuestras prédicas y nuestras narraciones; pero no debemos por eso dejar de aportar nuestro granito de arena para la obra que entre todos los amantes del progreso están llamados á realizar. Así, pues, los espiritistas que se comprendan aludidos en la narración que sigue, les suplicamos la benevolencia de dispensarnos, y la acojan no como de nuestra propia cosecha, sino como venida de los seres incorpóreos: puesto que bajo la influencia de ellos escribimos.

He aquí, pues:

Jesús el enviado predilecto del Padre, el verdadero intérprete de la verdad divina, dijo que donde quiera que se hallen de dos arriba reunidos en su nombre, allí estaría él en medio de ellos. Pero, ¿se ha comprendido el verdadero sentido de esas palabras del Maestro? Pues ellas quieren decir que los que se reúnen deben llevar bien grabado en su corazón, no solamente la idea de reunirse, sino la de llevar al terreno de la práctica la verdadera caridad por medio de la indulgencia y el amor hacia á sus semejantes. Y creéis hermanos (1) que puede amar á sus semejantes quien se enoja con ellos por cualquier bagatela? ¿No somos todos hermanos, puesto que todos somos hijos de Dios?

Que entre la humanidad, entre la sociedad de un pueblo ó en el seno de una familia unos piensen de una manera y otros de otra, ¿ha de ser eso causa y razón para enojarse los unos con los otros?

¡Ah! eso no deja de ser una idea bien mezquina, que en vez de elevar al espíritu lo sumerge en las tinieblas del obscurantismo.

Para que el espíritu del hombre pueda elevarse y pueda tener derecho á traspasar los umbrales de las regiones de luz, debe primero el hombre despojarse del grosero vestido de las pasiones mundanas, llevar con prudencia el vía-crucis de la vida humana y sostener con heroísmo cuando le sea inevitable, la lucha de la vida, teniendo presente siempre que sin lucha no puede alcanzarse la victoria.

Más, creéis hermanos, que el que se enoja con su semejante y abomina de las faltas de los demás va por el camino de la verdad y del deber? ¡Ah! los que, tal creen están en un profundo error, puesto que eso más bien es seguir por el camino de la perdición.

La humanidad es una verdadera familia de Dios, y si como tal se hubiera considerado, respetado y tratado desde su principio y siempre, no hay que dudar que se hubieran evitado los antagonismos, las discordias y toda clase de maldades. Pero ¡oh! los espíritus traviesos y obstinados que han sido la causa de tantos desbarajustes, sufrirán irremisiblemente decepciones y calamidades sin cuento. Pues ya dice una máxima evangélica: "Imposible es que no vengán escándalos, pero ¡ay de los que sean causa de los escándalos!"

Y las palabras de Jesús, el Cristo, no faltarán; ó sino, ¿para que fué enviado, sino para predicar la verdad? ¿Y la verdad puede acaso faltar?

Ahora bien, entre todas las religiones positivas ¿cuál de ellas enseña genuinamente la verdad evangélica? ¿No son ellas las que más ó menos se arrojan la piedra las unas á las otras?

¿No son ellas las que han exaltado las conciencias y promovido las discordias, los antagonismos y los escándalos?

Y si entre los que ha penetrado en su corazón el fuego sacro de la verdad se da también cabida á esa tendencia injusta y obscurantista, ¿qué habrán adelantado? ¿No veis que aquello es poner la luz debajo del celemin, como dice el Evangelio, y nuestra misión es definirla para que alumbré á toda la humanidad?

Adelante, pues, hermanos y unánimes como un solo hombre, marchemos progresivamente en pos de la verdad, que la verdad librerá nuestras almas y las elevará por la escala ascendente que conduce á los pies del Creador.

No hay, pues, que detenerse ni andar con vacilaciones, porque dice el Evangelio: "El que pusiere la manos en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de Dios."

También dice: "Vosotros sois la sal de la tierra y si la sal se hace insípida ¿con qué se volverá el sabor?"

Y en el mismo capítulo dice: "Vosotros sois la luz del mundo: No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre de un candelero á fin de que alumbré á todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos." (Mateo c V, n.º 13 á 16.)

Pero bien, ¿á quién dirigía Jesús esas palabras de aliento? Pues las dirigía á sus fieles Apóstoles, á sus verdaderos discípulos presentes y futuros.

Y quienes eran entonces, han sido después y son en la actualidad los verdaderos discípulos del amado Maestro! Pues han sido siempre, son en la actualidad y serán en lo sucesivo, los verdaderos intérpretes de la sublime doctrina que él vino á predicar. Los que han llevado, llevan y llevarán al terreno de la práctica los preceptos Evangélicos. Los que fieles á las palabras y á la práctica de las obras del Salvador, no han desperdiciado tiempo ni omitido sacrificio alguno para seguir las huellas trazadas por el sublime Jesús. Los que no les ha arredrado ni les artedra obstáculo ninguno para llevar adelante su tarea impuesta. Los que han desdenado y desdenan los oprobios y los sarcasmos de los secuaces del obscurantismo y han seguido y siguen arrastrando una vida de contrariedades y llevado la carga de su cruz hasta la cumbre del calvario de la vida humana.

Hoy es, pues, el espiritismo la interpretación genuina de la palabra sublime del Mesías, y todos los que á esta doctrina pertenezcan y quieran que su nombre quede grabado como fiel discípulo del Maestro, debe mostrar con la teoría de sus palabras y con la práctica de sus obras, que es un centinela activo que sigue en la vanguardia de la gran falange del progreso que sirve de avanzada de la humanidad, y su nombre será glorificado como lo fueron los fieles discípulos y los Apóstoles del tiempo de Jesús.

Que son otros tiempos, dirán algunos, pero siendo las ideas las mismas y con más auge, puesto que la humanidad ha progresado algo, tan discípulo del Maestro Jesucristo y tan Apóstol de la Divina palabra es el que la predica y practica sus obras hoy, como el de aquellos tiempos. Pese á quien pesare.

FAUSTINO ISONA.

Cayey (Pto. Rico.)

RECUERDO DEL SERMON de la MONTAÑA.

A MI BUENA Y QUERIDA HERMANA DEL ALMA

SRA. TERESA E. DE RODRIGUEZ.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán el reino de Dios.

Cuando Jesús vino á la tierra hizo comprender á la humanidad, que sólo las almas depuradas, ó sean los limpios de corazón, son los que pueden penetrar al reino de Dios, á esas mansiones en donde sólo reside la verdadera dicha.

Para llegar allá es necesario purificar nuestro espíritu, ya sea por el dolor, por los diversos sufrimientos ó por la práctica de la moral sublime.

No hay que olvidar aquellas palabras del Divino Nazareno: "Nada impuro entrará en el reino de mi Padre." Preciosas y consoladoras palabras que encierran la base fundamental de nuestro progreso moral, y de consiguiente, de nuestra eterna felicidad. Grabémoslas en nuestro corazón con caracteres indelebiles, para que así constantemente recordemos que en nuestras manos está quitar de nosotros lo que impida perfeccionarnos.

¿Cuánta miseria encierra aun este planeta de expiación! ¿Cuánto tenemos que luchar con nuestras pasiones!

La humanidad entera dice: quiero regenerarme, quiero progresar, quiero ser feliz. Y, ¿qué es lo que hace para conseguirlo? ¿Qué medios ponemos en práctica, los encarnados, para obtener los deseos que de vez en cuando sentimos germinar en nuestro corazón? Un momento ser buenos, ó mejor dicho, sentir deseos de serlo, y después olvidarlo por completo; olvidar también que nuestra estancia en la tierra es tan corta y que si vemos hundirse el sol en el ocaso, no sabemos si veremos la aurora del nuevo día; ignoramos el momento en que seremos llamados. No dejemos, pues, para la última hora, lo que tenemos deber de ir haciendo durante toda nuestra existencia terrenal. Somos semejantes al caminante que emprende un largo viaje y no sabe en dónde le faltarán las fuerzas para continuarlo.

Tenemos que estar en vela, esto es, ir arrancando de nuestro corazón todo lo que le daña, sin dejar un sólo instante de trabajar en tan noble labor. Es verdad que para conseguirlo hay que sacrificarse tanto, hay que vertir millares de lágrimas, lágrimas benditas con que se riega el calvario de la vida, lágrimas fecundas, porque ellas van abriendo los surcos en que más tarde florecerán las buenas acciones que practiquemos en la tierra.

Adelante, hermanos míos, no os amilanéis, aun es hora de trabajar como fieles servidores, sin olvidar jamás que el salario que recibiréis más tarde, no es como el que se obtiene en la tierra, que se disipa como el humo; no, aquel salario no se gasta, no se destruye jamás, siendo el pasaporte precioso que os servirá para entrar á las mansiones felices.

Seres que os encontráis en el foco de todas las pasiones y de todos los vicios, no os desesperéis, aun podéis ser dichosos y salir del estado infeliz en que os halláis; y, sabéis cómo? haciendo un llamamiento con toda vuestra alma al Padre celestial, para que os ilumine en el tenebroso camino en que estáis, elevando hacia El una ardiente plegaria, y Dios, que es todo amor, todo justicia, y todo consuelo, enviará sobre vosotros efluvios

de luz para haceros comprender, con claridad, todos vuestros yerros, de tal manera, que ya no persistiréis en vuestros vicios. Cuando llegue ese momento, veréis que no es tan difícil entrar al sendero del bien; entonces también comprenderéis que el primer paso es el doloroso, los demás son tranquilos, cuando no felices.

Dios mío, permite siempre á todos los seres comprendan que tu poder inmenso, unido á tu grande amor, transforma á los seres más abyectos en agradecidos hijos tuyos. Yo te pido, Señor, que me ilumines, para limpiar primero todas las manchas de mi alma, y para que más tarde pueda dirigir, como deseo, los seres que tu bondad me confíe, depósitos sagrados de los que tendré que dar estrecha cuenta.

Luz! Señor, para todos mis hermanos, encarnados y desencarnados; luz para que todos veamos bien las manchas de nuestras almas y así las limpiemos en la práctica de las buenas obras, en el cumplimiento de todos nuestros deberes, para que cuando séamos llamados de este destierro, podamos presentarnos limpios de corazón.

MICAELA G. DE PARDO.

EDIFICACION RELIGIOSA UNITARIA.

[Concluye.]

La luz alumbrá por todas partes: sólo obstinándose en cerrar los ojos á sus esplendores es posible negarla.

Morirá de las sectas positivas todo lo que contradiga á la ciencia y á la filosofía universal: todo lo que no redunde en beneficio de toda la humanidad; lo que se oponga á la más pequeña parte del progreso y de la libertad, del orden y de la armonía fraternal.

¿Pero quién ha de ser el representante y depositario de la luz, dada la infinidad de libertades? ¿quién recibirá la clave universal? ¿quién será la cabeza visible de la Iglesia Eterna, para cumplir y hacer que se cumpla autoritariamente la luz, para enseñar á cumplirla y dar ejemplo de imitación en las virtudes?

¿No tendrá pastor este rebaño universal aquí en la tierra? ¿No tendrá pastores?

El Evangelio y las leyes naturales pueden contestar con acierto.

Más no rehusamos la discusión, ya que no somos infalibles.

"El que guarda los mandamientos es el que me ama."

"Id y predicad el Evangelio."

"Os cuvjo como ovejas entre lobos."

"Pero yo estaré con vosotros."

"Más tengo otras ovejas que no son de este aprisco: las traeré para que oigan mi voz; y sea hecho un solo aprisco y un solo pastor."

"Amaos los unos á los otros."

"Sed sencillos y humildes de corazón."

"Y si alguno quiere ser el primero entre vosotros, sea el último y el servidor de los demás, porque el hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir y á dar su vida en redención por muchos."

He aquí la misión del Pastor Eterno y de los pastores que han de predicar el Evangelio: dar ejemplo de humildad y caridad, lavando los pies á los discípulos; representando el holocausto del santo, que en nombre de Dios limpió la lepra moral del pecado á la humanidad, por medio del sacrificio, de la abnegación, de la vida piadosa, de la oración beatífica, que con sus alas transporta las almas al cielo del amor infinito.

"Las puertas del infierno no prevalecerán."

"Yo estaré con vosotros hasta la consu-

(1) Nos dirigimos tanto á los espiritistas como á los de cualquier religión que pertenezcan.

Registrado como artículo de 2a. clase el 5 de Septiembre de 1904.

INTERESANTE.

Este periódico, dedicado especialmente á los que desconocen la Doctrina Espiritista, será á luz los días primeros de cada mes.

Se enviará á domicilio, gratuitamente, á toda persona que lo solicite, ya sea de esta ciudad ó de fuera de ella, mandando su dirección á la Administración de él, calle 55 número 474.

Devolverémos esta publicación á su Administración ó á la oficina de Correos, no volverá á enviarse á la persona á quien vaya dirigida.

Se invita á colaborar á todos los espiritistas de buena voluntad, reservándose la Dirección el derecho de admitir ó desechar los originales que se le remitan, los cuales en ningún caso se devolverán.

versias han tenido los hombres más eminentes del romanismo, con los Espiritistas.

—¿Con qué objeto se sostiene con tanto empeño la creencia en la personalidad del demonio?

—La creencia en ese mito terrible, dueño absoluto de los INFIERNOS, hace que se conserven las costumbres de los sufragios y oraciones pagadas, ya para aliviar á los condenados á las penas eternas, ya para redimir á los que deben purificarse en el fuego del Purgatorio.

—¿Cómo se redimen los pecadores, según el Espiritismo?

—Según el Espiritismo, cada uno debe redimirse á sí mismo, orando por el bien de todos, haciendo tanto bien como mal se ha hecho, amando mucho, muchísimo, "hasta á los mismos que nos persiguen y son causa de nuestra ruina, quitándonos los medios de ganar el pan para nuestros hijos." Para conseguir estos objetos tienen los hombres, medios que la Providencia pone á su alcance, sin necesidad de acudir á lugares circuncritos de penas y tormentos materiales.

—¿No habrá un medio para que desapareciera ese demonio que tanta guerra hace á la humanidad?

—Sí, aunque indiscreto: Si se capitalizaran las rentas de todos los dominios infernales de Satanás y se distribuyeran entre sus administradores, grandes y pequeños, como si dijéramos hasta los sacristanes, "aunque fuese en papel de Estado", se prescindiría con facilidad de ese personaje y no habría inconveniente de aceptar el Espiritismo.

—¡Oh! esto es materialmente imposible! . . . el Purgatorio es inapreciable!!!

—Pues entonces dejémoslo al tiempo, hasta que el mismo Satanás abra los ojos á los ciegos y los oídos á los sordos.

NIGODEMO

LA INMORTALIDAD Y EL RENACIMIENTO, EL GÉNESIS DE LA TIERRA, Y LA HUMANIDAD TERRESTRE.

X.

Un espíritu infortunado.—Mundos primitivos.—Peregrinación de las almas.

Fui llevado de allí después de presenciar los últimos momentos de una de aquellas infelices criaturas. Su vida había sido corta; los horrores de su muerte, prolongados. El espíritu, fuertemente adherido á la carne, no puede desprenderse de ella sin una larga y obstinada lucha, en que el cuerpo consume la mitad de su existencia y el alma toda su actividad mecánica. Efectuóse, por último, el desprendimiento, y el espíritu emancipado, pasó junto á mí sin verme, abatido, convulso y con el horror impreso marcadamente en su semblante.

Seguíle, y juntos visitamos los otros globos de aquel pequeño sistema. Todos ellos son islas de desierto, cárceles de sufrimiento. A la vista de los tristes episodios que allí se desarrollan, procuraba excitar en mi pobre compañero la compasión y el sentimiento del bien. El no me veía, ni oía mis pensamientos; sin embargo, encendíase en su alma una pequeña luz, y nos íbamos elevando y separando de aquellos lugares á medida que aumentaba la luz de su adormecida conciencia. Llegó un momento en que vi aquella conciencia arrependida y de-

ramando lágrimas. "Llora, pobre hermano mío,—le dije abrazándole,—esas lágrimas son tu Jordán y rompen las cadenas de tu esclavitud. Llora y espera: que las esperanzas de los que lloran son promesas del Señor." Sin que me viese ni oyese, en su semblante se iba dibujando una satisfacción inefable. Y los mundos de expiación desaparecieron de nuestra vista perdidos en las brumas del Ocaso, y veíamos nacer por Oriente una aurora luminosa, precursora de un sol y de un universo más risueños.

Fuimos derechamente empujados hacia una lejana estrella, cuyo disco aumentaba sensiblemente á causa de la gran celeridad de nuestra marcha. Conforme iba disminuyendo la distancia que de ella nos separaba, nuevos cuerpos estelares y planetarios venían á embellecer el firmamento. Estas bellezas no alegraban á mi triste compañero, sumergido en negra obscuridad. Envolvíale una nebulilla de tal naturaleza, que, bien al contrario de dar paso á las moléculas luminosas del espacio, las despedía como si resbalasen sobre una superficie dura y pulimentada.

¡Oh prodigios de la sabiduría y de la ley! Un mismo punto del espacio era para mí infortunado compañero de peregrinación el purgatorio, y el cielo relativamente para mí. Mientras mi espíritu se solazaba en la consoladora luz del universo y se alimentaba del aire de la caridad y del cumplimiento del deber, él era presa de horribles dudas y temores, sostenidos por el remordimiento, que comenzaba á revelarse en el fondo de su alma. Hubo, empero, un instante solemne, de dicha para él y de estupor para mí: cesó de pronto nuestro curso, y apartándose la nube que lo cegaba, pudo verme y admirar por brevísimos momentos la luz en cuyas ondas nos mecíamos. Juzgó que yo era su dios, y me miraba absorto, entre temeroso por la luz que de mí se desprendía, y esperanzado por la benévola sonrisa con que procuraba infundirle aliento y atraerme. Iba por último á postrarse á mis pies para besarlos y adorarlos; más entonces le oprimió de nuevo la obscuridad, y siguió su curso nuestro interrumpido movimiento. El acto de adoración del infortunado espíritu había renovado el recuerdo de mis errores y recrudecido mis penas.

La estrella hacia la cual nos dirigíamos estaba ya próxima. Presentábase á mi vista de la magnitud de nuestro sol y, al parecer, de la misma naturaleza. Es el centro de todo un sistema astral. A su alrededor describen sus correspondientes órbitas algunos cuerpos opacos, mundos llenos de actividad y de vida, excepto dos, que presumí serían tierras en formación, inhospitalarias aun para los seres vivientes.

Aportamos á la playitas de uno de aquellos mundos, morada de criaturas libres, bañado en sus noches por el pálido fulgor de pequeña luna hermana de la que envía sus rayos á la tierra. Ostenta en su superficie, erizadas de montañas, engalanada de bosques, surcada de profundos valles; y caudalosos ríos, mares como los nuestros y una vegetación variada y exuberante. Puculan sus selvas, sus montes y sus riberas animadas de multitud de especies, algunas de las cuales desaparecieron tiempo ha de nuestro suelo; sus mares, diversidad de peces, muy parecidos á los que viven en las aguas de la tierra; y revolotean en su atmósfera y cantan amores en sus umbrías y enramadas, pájaros de vistosos colores, muchos de ellos jamás vistos ni oídos por vosotros sobre la terrestre superficie. Levántanse de distancia en distancia inmensas espirales de humo y llamas, que suben de los abiertos cráteres, y las abundantes lavas inundan los valles limítrofes y las vecinas llanuras. El exceso de calor y actividad no cabe en el interior del globo, y como su corteza opone débil resistencia en muchos puntos, abre por ellos los respiraderos necesarios en busca del espacio que le falta. Es, en suma, geológicamente hablando, un mundo en todo el vigor y pujanza de la robusta juventud: la hermosura en el rostro, la fuerza en los movimientos, y el fuego devorador en las entrañas.

Lo mismo es el hombre que allí mora, fisiológicamente estudiado, ó sea al través de las formas y manifestaciones con que en su organismo se revelan la existencia y la vida. Su cuerpo tiene la hermosura del vigor; sus movimientos la agilidad y decisión de la fuerza; y en sus entrañas se oculta tumultuoso y por sus venas circula como río de candente lava el fuego devorador de los apetitos de la carne. La violencia y la lujuria reinan despóticamente en las costumbres; porque, en esta primera fase de su libertad, el hombre ha puesto su voluntad al servicio de su concupiscencia. No acata otra ley ni respeta otro derecho, que la ley y el derecho de la fuerza. Siente de vez en cuando estímulos de frísteza y aun accesos de ira contra sí mismo, que no son sino síntomas de remordimiento, avisos inseguros de una conciencia débil; pero recobran, los

apetitos su dominio, y se lanza otra vez por la pendiente de la violencia, de la fornicación y del odio. Es un caballo desbocado: ¿quién podrá detenerle en el curso de su vértigo, en el empuje de su fatal carrera?

La misma tierra con sus imponentes cataclismos, con sus formidables convulsiones, se encarga de domeñar aquella naturaleza indómita y aparentemente indomable. A la violencia del hombre ha opuesto la ley la violencia de los elementos y medios vitales del planeta. Hablarán el viento y la tempestad, las inundaciones y los temblores subterráneos, el fuego de las nubes y el fuego de los volcanes: en una palabra, hablarán la tierra y el cielo, y á su terrible voz enmudecerá el furor del hombre, cayendo éste confundido, avergonzado de su impotencia, recordando las violencias de su criminal pasado, y temeroso, ante las universales amenazas, por su confuso porvenir.

Allí las sociedades están en su nacimiento, y los vsculos que aproximan unos á otros los individuos para formar pequeñas tribus no son generalmente los del amor ó del deber, sino los de la lujuria, del egoísmo, de la usurpación y del temor. El hombre se une á la mujer y se acompaña con ella por la carne: la madre cuida de los hijos, más que por maternal y cariñosa inclinación, para que más adelante sean los instrumentos de sus instintos y goces. De esta suerte se va construyendo la familia. Los estímulos de la lujuria y la necesidad de conservar las usurpaciones de la violencia provocan la agrupación de las familias. Y la debilidad, el miedo y el deseo de dominio agrupan varias tribus aisladas y dispersas, constituyendo juntas el prototipo de las sociedades primitivas. El jefe de estos primeros pueblos sin patria y sin hogar, es aquel cuyo robusto brazo no tiene rival entre los suyos y los conduce con fortuna á la matanza y al saqueo de las tribus enemigas.

Tales fueron también en su principio las sociedades de la tierra y sus caudillos: más de aquellos tiempos y de aquellos sucesos no ha quedado memoria entre vosotros; y como las primeras páginas de vuestra historia las escribió la ignorancia, vuestra historia no es la narración verdadera de la formación, carácter y vicisitudes de las primeras sociedades terrestres. Dija llegará, no obstante, en que todos conoceréis el pasado de la humanidad de la tierra: porque la revelación y la ciencia llenarán el vacío de la ignorancia y de los siglos y reconstruirán la historia.

El Dios del mundo que os describo es aquel que deja oír su voz por la boca de los volcanes, ó desde el fondo de amenazadora nube, ó que precede terrible á la tempestad. Los elementos que el hombre diviniza á su manera, son las únicas fuerzas capaces de doblegarle y apagar, si quiera momentáneamente, el fuego de sus feroces instintos. Ante las grandes convulsiones de la naturaleza es el más débil y pusilánime de los seres: cae de rodillas pidiendo misericordia, se esconde, cierra los ojos, se tapa los oídos y tiembla. Su cobardía es, sin embargo, una revelación, pero revelación elocuente, de su conciencia y libertad: recuerda sus actos de ferocidad y fornicación, y su conciencia se los escupe al rostro: advierte que en la naturaleza hay fuerzas muy superiores á las suyas, y teme que han sido establecidas para castigar sus liviandades y sus crímenes.

Fácil es comprender cuán rudimentaria es allí la idea de Dios; y aun más rudimentaria es la idea del alma espiritual, tanto, que apenas hay entendimientos capaces de concebirla. El hombre teme á su Dios, á ese Dios monstruoso, hechura de su ignorancia y del desorden de sus sentimientos y obras: mas no le teme sino con relación al presente, como á un misterioso gigantesco sér que penetrase los secretos todos de su pensamiento y pudiese abreviar á su antojo los días de su existencia. Ama preferentemente los goces de la lascivia y de la gula, y juzga al invisible gigante poderoso para privarle de ellos y anonadarle. Todas sus aspiraciones y acciones van enderezadas al presente, que es su religión: si procura agradar al Dios de sus pensamientos acomodando algunas veces sus actos á los preceptos naturales, es con la esperanza de que le dilate los años de su vida, resuelto á emplearlos en la satisfacción de sus odios y de sus libidinosos apetitos.

No faltan, en medio de todo, hombres de entendimiento y corazón, que ven y conocen la iniquidad y derraman lágrimas por ella, esperando con paciencia el renacimiento de sus hermanos y el reinado de la verdad por el triunfo de la virtud. Son espíritus de misión, descendidos de superiores esferas como semillas de la regeneración cristiana, destinados á condenar con su ejemplo, los unos, y con su palabra, los otros, la perversidad de las tendencias humanas, y señalar el camino de

la rehabilitación y de la felicidad de las criaturas. Muchos viven ignorados y confundidos entre las muchedumbres, pero edificando con su piedad y virtudes las familias en cuyo seno son contados, familias que serán la levadura de la sociedad del porvenir; al paso que otros, con su palabra, preñadas de amenazas y misterios, despiertan las conciencias y convulsionan las tribus. Los efectos inmediatos de estos llamamientos son los odios, las discordias y las guerras: providencial y necesario todo para volver á camino la extraviada voluntad del hombre y su perturbada razón. La discordia matará la discordia, y la guerra matará la guerra; porque los pueblos aprenderán templanza en los estragos del odio, y los errores de la sangre les inspirarán sentimientos de benevolencia y compasión. Entonces caerá de lo alto el purísimo socio del cristianismo, que, vivificando los corazones y dando á los entendimientos robustez y lozanía, transfigurará la humanidad y las sociedades, sucediendo al imperio de la materia y de la carne sobre los goces del espíritu el moral y reparador imperio del espíritu sobre la carne y la materia.

Más ¡ay! ¡cuántas veces llenará el tiempo la secular medida antes que la simiente fructifique y sea el pensamiento del Cristo la guía de las acciones de aquellos hombres, que aun no sospechan vive en ellos un alma espiritual y eterna y solo ven á Dios en el trueno y en el castigo! Primero habrán de venir en conocimiento de la espiritualidad y atributos de Dios, acerca del cual y de su naturaleza han concebido las más absurdas ideas, y de la espiritualidad es inmortalidad del alma, cuya existencia no han presentado aun; y luchar por siglos y siglos, de generación en generación, con los procaces instintos de egoísmo, hasta vencerlo primero, para arrancarlo después de las costumbres y últimamente del corazón y del espíritu. Los preludios mensajeros de la aurora del cristianismo amanecerán al fijar la humanidad su consideración en el pasado á consecuencia de la general aceptación de la inmortalidad espiritual.

Acaso esta larga vía señalada á las humanidades para su depuración y desarrollos excite dudas en vuestra mente y temor en vuestros ánimos. ¿Por qué esa larga, larguísima, interminable peregrinación de la sustancia espiritual al través de los cuerpos y sus impurezas para conquistar el triunfo y con él la felicidad? ¿Por qué esos mundos y esas edades de lujuria, de violencia, de explotación? ¿Por qué no abrevió el Hacedor con su sabiduría y omnipotencia el camino de prueba de las almas?

Yo á mí vez os pregunto á vosotros los que dudáis y teméis: ¿por qué la bellísima mariposa ha sido antes asqueroso gusano? No comprendéis ni adivináis, y yo tampoco, la misteriosa causa: más, á pesar de esta nuestra ignorancia, ¿tenemos derecho á dudar de la omnipotencia y sabiduría de Aquél que pudo y supo transformar el gusano en mariposa? Si supo y pudo convertir, en virtud de una ley desde la eternidad establecida, las tinieblas de nuestros principios en la luz de nuestras postrimerias, siempre más hermosa y resplandeciente, haciéndonos de larvas mariposas, ¿habrá motivo racional y justo para dudar de la sabiduría y poder de quien tales milagros de poder y sabiduría obró en beneficio de nuestra naturaleza? El que pudo y supo establecer en su ley el bien como perpetuo y el mal como transitorio, y aun este para que sirva de medio y acrecentamiento del bien, ¿no demostró, por sólo esto, poseer la infinita sabiduría y el infinito poder?

Además, habréis de reconocer conmigo, que dónde principalmente resplandecen la omnipotencia y la suma sabiduría del Creador, es en la creación de la voluntad y de la libertad inteligente. Y establecida la libertad de las acciones humanas, ¿pretenderíais que Dios la cohibiese por apresurar la redención de la criatura como manifestando que su sabiduría y poder tuvieron límites, dado que habría de retocar la más excelente de sus leyes? ¿Y qué sería, en tal supuesto, del mérito de nuestros actos y de la justicia del Altísimo? Si invocáis su misericordia, os replicaré diciendo: ¿no véis la divina misericordia aun en los más crueles sufrimientos de los hombres? En la vida del hombre más infortunado alternan constantemente las amarguras y los goces, y hasta puede asegurarse que no hay, por acervo que parezca, que no abrigue en su fondo alguna semilla de consuelo. Y no invoquéis tampoco la larga duración de las edades de prueba: ¡el tiempo! . . . ¿Es algo, por ventura, el tiempo, cuando medimos por eternidades el pasado y el porvenir? Cuanto más estudiáis y meditaís las maravillas, naturales que se levantan á los ojos de vuestra alma, mayor y más íntima será vuestra convicción de que en todo brillan hermanadas la omnipotencia, la sabiduría y la misericordia de Dios.

(Continuará.)

TIP. "ARTÍSTICA"
DE AGUSTIN PARDÓ.
ESQUINA DE LAS CALLES 55 Y 56 n.º 474.